

¿Réquiem para el ahorrista argentino?

Maristella Svampa

(Publicado en *La Normalidad*, Instituto Goethe, Buenos Aires, ed.literaria a cargo de G.Massuh, recopilado por Sol Arrese et al, Buenos Aires, Interzona editora, noviembre de 2006)

*"Los assembleístas tenían potencia.
En cambio, los ahorristas tenían potestad..."
Carlos Janin, ex assembleísta de
Villa Crespo, Buenos Aires.*

1- Aún hoy, en 2006, nos cuesta pensar e incluir como miembro pleno el sujeto colectivo "ahorrista" dentro de la nueva cartografía contestataria argentina. Tal es así que, pese a que en la actualidad proliferan todo tipo de investigaciones militantes y de tesis académicas sobre los grandes actores de las movilizaciones sociales de los últimos años, dentro de las ciencias sociales argentinas los ahorristas han sido sistemáticamente ignorados. Por ello quizá tampoco nos extrañe que en esta exposición la experiencia de los ahorristas haya quedado reducida solamente a un número en el catálogo, acompañada sin más de una foto que da cuenta de la "normalización" de la protesta, sin que por ello ninguno de los artistas y grupos estéticos-políticos aquí convocados se sintiera motivado o impulsado a captar, dar expresión y actualidad al fenómeno ahorrista. Y aunque la ausencia es flagrante, a nadie parece inquietar este vacío.

Frente a ello cabe entonces preguntarse ¿qué diablos ha representado el "ahorrista" en términos de sujeto colectivo y, vaya a saber, si acaso lo fue, de movimiento social, para que sucediera esto? ¿Cuál es la significación e impacto que la figura del ahorrista ha tenido en la cartografía de la protesta argentina, en especial, aquella que tiene por protagonistas centrales a las clases medias? ¿Por qué el

ahorrista devino una identidad tan vergonzante, no deseada, suerte de convidado de piedra de la protesta?

2- Recordemos los hechos. La figura del ahorrista aparece asociada al final del modelo de convertibilidad. Este, en su estallido final, apuntó a constreñir aún más el círculo de ganadores, produciendo a través de ese mismo movimiento, una nueva ola de perdedores. El establecimiento del corralito y la posterior salida del régimen de convertibilidad, dieron origen así a una serie de movilizaciones protagonizadas por grupos de ahorristas perjudicados por el congelamiento, la pesificación y la reprogramación de los depósitos producidos entre fines de 2001 y enero de 2002. Las diversas asociaciones que se fueron constituyendo desde comienzos de 2002 –tanto en el nivel nacional como en el regional y local– protagonizaron una serie de protestas virulentas en contra de las instituciones bancarias (sobre todo aquellas de capital extranjero) que se negaban a restituir los depósitos, en contra de las autoridades públicas que dictaron o mantuvieron las medidas; por último, en contra del Poder Judicial (en sus distintas instancias), al cual llamaron a pronunciarse sobre la legalidad y constitucionalidad de las normas en cuestión. Así las cosas, los ahorristas quedaron atrapados dentro de ese nuevo paquete de perdedores, adoptando el nombre, poco feliz, de “damnificados” del modelo.

3- Tengamos en cuenta que las críticas llovieron desde el primer momento. Ello no abarca, por supuesto, a los defensores del orden y de la propiedad, que incluyeron a los ahorristas dentro de la categoría de la “gente decente”, a fin de contraponerla con otros actores movilizados. Más bien, pensemos en el cortejo de intelectuales y analistas que, pertenecientes al siempre difuso campo de la izquierda progresista, desfilaron tempranamente a fin de

disparar sobre el ahorrista estafado, suerte de consagración de un estereotipo negativo de las clases medias. Un estereotipo contra el cual era fácil definirse y contraponerse, como bien advirtió Horacio González, al señalar la actitud pseudo-aristocrática o la crítica moral de un tipo de intelectualidad de izquierda. Lo cierto es que, en términos socio-económicos, el ahorrista encarnaría a cabalidad la figura del pequeño burgués -demasiado pequeño-, visible en la limitación de sus intereses y en la mezquindad de sus preocupaciones pecuniarias; más aún, un sujeto apegado a la sola defensa de la propiedad privada en medio de una situación marcada por la generalización de la exclusión y la descomposición social. En términos más socio-políticos, se dirá -muchos diremos- que los ahorristas no pudieron articular un reclamo verdaderamente político que fuera más allá del interés particular, una tarea que implicaba internarse en un proceso diferente de construcción de las solidaridades colectivas. En este sentido, los ahorristas estuvieron lejos de constituir un movimiento social, pues nunca superaron el carácter particular de su acción, el marco de una acción defensiva, para dar un paso hacia la construcción de un "nosotros" más inclusivo o general.

4- La ausencia de los ahorristas en la cartografía de las luchas sociales argentinas nos advierte sobre las dificultades de construcción de lazos solidarios, al interior de las fragmentadas clases medias. Porque ahorristas los había de todo tipo y clase social, pero sobre todo proliferaban los ahorristas provenientes de las clases medias y medias-bajas, entre los cuales estaban aquellos que habían perdido los ahorros de toda la vida y aquellos otros a quienes la necesidad y el infortunio de tener que vender una propiedad o cobrar una indemnización por despido en una mala época (para dar dos ejemplos muy comunes), los había llevado a depositar momentáneamente el dinero en los bancos, y habían quedado así, presos de la acción

conculcadora del poder financiero, avalada por el Estado. Sin embargo, esta realidad –ilustrada por la generalidad de la figura del “modesto ahorrista”, antes que la del “pez gordo”- no produjo sino una ola de solidaridad pasajera, superficial o ambivalente, rápidamente reemplazada por una abierta desconfianza referida al alcance de sus demandas.

5- Cuando uno evoca el fenómeno ahorrista, no puedo menos que recordar la expresión que adquirió la furia propietaria: aquellas espectaculares acciones que a partir de enero de 2002 y por largo tiempo se desplegaron en todo el país; imágenes que recorrieron el mundo, mostrando a hombres y mujeres de la edad más diversa, quienes, a modo de un experimentado grupo-comando irrumpían súbitamente en los bancos, destrozando sus vidrieras y llevando a cabo, a su paso, pintadas de todo tipo, denunciando la estafa de la cuál eran víctimas.

Una resolución de la Sala II, de la Cámara en lo Contencioso Administrativo Federal del 26 de junio de 2002 (nótese qué fecha, pues) decía lo siguiente: “Se advierte que un ahorrista que se enfrenta a una alteración sorpresiva de su situación patrimonial, que debe hacer frente de modo inmediato a las diversas necesidades cotidianas y que reclama ante un Poder Judicial desbordado, se encuentra en un grave riesgo psicofísico producido por el estrés y la angustia que esta situación le provoca. Tal conclusión es fácil de inferir, ante el hecho público y notorio de constantes y ruidosos reclamos, cacerolazos, pintadas y escraches a los bancos, que conmueven la paz social.”

Cabe aclarar que, aunque el ruido pueda engañarnos, la herramienta privilegiada del ahorrista no fue tanto la inofensiva cacerola sino el martillo golpeador. ¿Cómo olvidar acaso aquellas performances tan coloridas, si hay momentos en los cuales el

recuerdo abandona la imagen y la acción de los ahorristas se convierte entonces en pura memoria auditiva? Es cuando escuchamos resonar todavía el fuerte golpeteo de los martillos sobre el blindex de los bancos o sobre las grises cortinas de acero. Son golpes secos, repetidos, que expresan a cabalidad la furia propietaria.

6- Luego, hubo también lecturas ideológicas que apuntaban a malversar la diversidad de las movilizaciones. Todavía hoy continúan circulando ciertas visiones que tienden a colocar a los damnificados del llamado "modelo" en un solo paquete, asimilando la protesta ahorrista al movimiento asambleario, a través del término de "caceroleros".

La operación no tenía nada de inocente, pues a través de esta identificación entre asambleístas y ahorristas, se buscaba descalificar o acotar el alcance verdaderamente político del irritante fenómeno asambleario. En definitiva, la crítica postulaba que nos encontrábamos frente un único tipo social, el pequeño burgués ofendido, despojado, damnificado, devenido algo así como la *última ratio* de las alicaídas clases medias.

7- Así, pese a que el poder financiero ha sido y es uno de los blancos privilegiados de revueltas políticas y acciones contraculturales, los ahorristas argentinos nunca tuvieron buena prensa dentro del campo contestatario. En este sentido, su inclusión dentro de dicho campo se hizo más a través de la acción llevada a cabo y el tipo de adversario (la acción directa no convencional, dirigida contra los bancos, sobre todo extranjeros, o contra las autoridades del Estado), antes que por una solidaridad efectiva respecto de la demanda (los depósitos conculcados).

Por otro lado, estas acciones de protesta contenían niveles de violencia que, salvo excepciones, eran bastante toleradas por las

fuerzas del Estado. No es que la acción estuviera exenta de riesgos de represión, pero una gran parte del establishment -abiertamente expresado por la prensa conservadora- consideraba natural que el Estado fuera más tolerante para con los ahorristas que respecto de otros actores: éste era un damnificado particular, alguien a quien se había despojado de un derecho elemental, consagrado por nuestro sistema: el derecho de propiedad. En ese sentido, la tolerancia manifiesta a la virulenta protesta ahorrista daba cuenta de una jerarquía, que colocaba el derecho de propiedad por encima de cualquier otro derecho constitucional, en especial, aquellos que esgrimían otros actores (los desocupados, los obreros de las fabricas recuperadas, los assembleístas, los cartoneros...), aludiendo al trabajo y a la vida. En fin, el territorio del ahorrista aparecía marcado por consensos sociales implícitos que, lejos de ampliar el campo de acción, instalaban severos límites en la producción de solidaridades con otros grupos sociales.

8- Ciertamente es que en las asambleas barriales había más de un ahorrista damnificado. Pero, en este punto, la proximidad social -y la dirección que fueron tomando los mismos procesos - no hicieron más que afianzar la distancia simbólica entre uno y otro fenómeno, generando fuertes estrategias de diferenciación. Por ello, no es extraño que en las asambleas barriales, los propios ahorristas no se identificaran como tales y hablaran entonces en nombre de un colectivo más amplio, los "vecinos" o, más tarde, los "assembleístas". Sin embargo, de vez en cuando, la sombra del ahorrista volvía a aparecer, a través de ciertas tensiones y episodios que ponían de manifiesto el resurgimiento del "pequeño burgués"; amenazando así el tipo de construcción y el horizonte de acción assembleario.

Como corolario de ese proceso, la negación del "ser-ahorrista" (aquel- que- se- moviliza-porque- le- tocaron- el-bolsillo) fue

erigiéndose en el polo opuesto del "ser-asambleista" (aquél- que- se- moviliza- con- la- intención- de- cambiar- la- política- y- la- sociedad). Por ende, más allá de las afinidades sociales, la tentativa de identificación –realizada por fuera del movimiento y con intenciones estigmatizantes-, a lo cual se sumaba el carácter vergonzante del reclamo –lo particular, de tipo pecuniario- contribuyó a producir un hiato, profundizando la distancia entre ambas experiencias.

En consecuencia, lo que al principio podría haberse avizorado como un diálogo necesario y posible, en función de las afinidades sociales, terminó en la instalación de una grieta, pura solución de continuidad entre el movimiento ahorrista y el movimiento asambleario. Pues si el movimiento de asambleas aspiraba a una refundación política de la sociedad, y representaba por ello la máxima aspiración de universalidad de las clases medias, los ahorristas ilustraban el otro extremo, esto es, la expresión del máximo particularismo de las clases medias. Así las cosas, no había pues punto de encuentro posible.

9- Algunos podrán decir que finalmente la protesta ahorrista ha sobrevivido a las ambiciosas asambleas barriales, las cuáles prácticamente desaparecieron del escenario político argentino. Ello es rigurosamente cierto, a condición de agregar que, con el tiempo, la presencia persistente de los ahorristas frente a los bancos tendería a transformarse en una suerte protesta folklórica; su acción virulenta terminaría por ser poco interpelante. Asimismo, es cierto que no pocos lograron, a fuerza de amparos, marchas y escraches, recuperar una parte de sus ahorros.

Sin embargo, mientras las asambleas barriales han dejado una orgullosa marca política en la memoria colectiva de las clases medias, los ahorristas continúan representando esa parte vergonzante de la memoria en la cual pocos pugnan por reconocerse y evocar. La escasa motivación que la experiencia de los ahorristas produjo en los

colectivos participantes de esta muestra, "La Normalidad", refleja y refuerza esta hipótesis.

10- La duda, empero, nos sigue atenazando. Sombra del ahorrista, hay que invocarte: ¿no habremos asistido a la obturación de un fenómeno que aún hoy reclama la necesidad de ser pensado en sí mismo y en toda su complejidad, desde un enfoque más integral?

Buenos Aires, 4 de julio de 2006

¿Réquiem para el ahorrista argentino?

Maristella Svampa

(Publicado en *La Normalidad*, Instituto Goethe, Buenos Aires, ed.literaria a cargo de G.Massuh, recopilado por Sol Arrese et al, Buenos Aires, Interzona editora, noviembre de 2006)

*"Los asambleístas tenían potencia.
En cambio, los ahorristas tenían potestad..."
Carlos Janin, ex asambleísta de
Villa Crespo, Buenos Aires.*

1- Aún hoy, en 2006, nos cuesta pensar e incluir como miembro pleno el sujeto colectivo "ahorrista" dentro de la nueva cartografía contestataria argentina. Tal es así que, pese a que en la actualidad proliferan todo tipo de investigaciones militantes y de tesis académicas sobre los grandes actores de las movilizaciones sociales de los últimos años, dentro de las ciencias sociales argentinas los ahorristas han sido sistemáticamente ignorados. Por ello quizá tampoco nos extrañe que en esta exposición la experiencia de los ahorristas haya quedado reducida solamente a un número en el catálogo, acompañada sin más de una foto que da cuenta de la "normalización" de la protesta, sin que por ello ninguno de los artistas y grupos estéticos-políticos aquí convocados se sintiera motivado o impulsado a captar, dar expresión y actualidad al fenómeno ahorrista. Y aunque la ausencia es flagrante, a nadie parece inquietar este vacío.

Frente a ello cabe entonces preguntarse ¿qué diablos ha representado el "ahorrista" en términos de sujeto colectivo y, vaya a saber, si acaso lo fue, de movimiento social, para que sucediera esto? ¿Cuál es la significación e impacto que la figura del ahorrista ha tenido en la cartografía de la protesta argentina, en especial, aquella que tiene por protagonistas centrales a las clases medias? ¿Por qué el

ahorrista devino una identidad tan vergonzante, no deseada, suerte de convidado de piedra de la protesta?

2- Recordemos los hechos. La figura del ahorrista aparece asociada al final del modelo de convertibilidad. Este, en su estallido final, apuntó a constreñir aún más el círculo de ganadores, produciendo a través de ese mismo movimiento, una nueva ola de perdedores. El establecimiento del corralito y la posterior salida del régimen de convertibilidad, dieron origen así a una serie de movilizaciones protagonizadas por grupos de ahorristas perjudicados por el congelamiento, la pesificación y la reprogramación de los depósitos producidos entre fines de 2001 y enero de 2002. Las diversas asociaciones que se fueron constituyendo desde comienzos de 2002 –tanto en el nivel nacional como en el regional y local– protagonizaron una serie de protestas virulentas en contra de las instituciones bancarias (sobre todo aquellas de capital extranjero) que se negaban a restituir los depósitos, en contra de las autoridades públicas que dictaron o mantuvieron las medidas; por último, en contra del Poder Judicial (en sus distintas instancias), al cual llamaron a pronunciarse sobre la legalidad y constitucionalidad de las normas en cuestión. Así las cosas, los ahorristas quedaron atrapados dentro de ese nuevo paquete de perdedores, adoptando el nombre, poco feliz, de “damnificados” del modelo.

3- Tengamos en cuenta que las críticas llovieron desde el primer momento. Ello no abarca, por supuesto, a los defensores del orden y de la propiedad, que incluyeron a los ahorristas dentro de la categoría de la “gente decente”, a fin de contraponerla con otros actores movilizados. Más bien, pensemos en el cortejo de intelectuales y analistas que, pertenecientes al siempre difuso campo de la izquierda progresista, desfilaron tempranamente a fin de

disparar sobre el ahorrista estafado, suerte de consagración de un estereotipo negativo de las clases medias. Un estereotipo contra el cual era fácil definirse y contraponerse, como bien advirtió Horacio González, al señalar la actitud pseudo-aristocrática o la crítica moral de un tipo de intelectualidad de izquierda. Lo cierto es que, en términos socio-económicos, el ahorrista encarnaría a cabalidad la figura del pequeño burgués -demasiado pequeño-, visible en la limitación de sus intereses y en la mezquindad de sus preocupaciones pecuniarias; más aún, un sujeto apegado a la sola defensa de la propiedad privada en medio de una situación marcada por la generalización de la exclusión y la descomposición social. En términos más socio-políticos, se dirá -muchos diremos- que los ahorristas no pudieron articular un reclamo verdaderamente político que fuera más allá del interés particular, una tarea que implicaba internarse en un proceso diferente de construcción de las solidaridades colectivas. En este sentido, los ahorristas estuvieron lejos de constituir un movimiento social, pues nunca superaron el carácter particular de su acción, el marco de una acción defensiva, para dar un paso hacia la construcción de un "nosotros" más inclusivo o general.

4- La ausencia de los ahorristas en la cartografía de las luchas sociales argentinas nos advierte sobre las dificultades de construcción de lazos solidarios, al interior de las fragmentadas clases medias. Porque ahorristas los había de todo tipo y clase social, pero sobre todo proliferaban los ahorristas provenientes de las clases medias y medias-bajas, entre los cuales estaban aquellos que habían perdido los ahorros de toda la vida y aquellos otros a quienes la necesidad y el infortunio de tener que vender una propiedad o cobrar una indemnización por despido en una mala época (para dar dos ejemplos muy comunes), los había llevado a depositar momentáneamente el dinero en los bancos, y habían quedado así, presos de la acción

conculcadora del poder financiero, avalada por el Estado. Sin embargo, esta realidad –ilustrada por la generalidad de la figura del “modesto ahorrista”, antes que la del “pez gordo”- no produjo sino una ola de solidaridad pasajera, superficial o ambivalente, rápidamente reemplazada por una abierta desconfianza referida al alcance de sus demandas.

5- Cuando uno evoca el fenómeno ahorrista, no puedo menos que recordar la expresión que adquirió la furia propietaria: aquellas espectaculares acciones que a partir de enero de 2002 y por largo tiempo se desplegaron en todo el país; imágenes que recorrieron el mundo, mostrando a hombres y mujeres de la edad más diversa, quienes, a modo de un experimentado grupo-comando irrumpían súbitamente en los bancos, destrozando sus vidrieras y llevando a cabo, a su paso, pintadas de todo tipo, denunciando la estafa de la cuál eran víctimas.

Una resolución de la Sala II, de la Cámara en lo Contencioso Administrativo Federal del 26 de junio de 2002 (nótese qué fecha, pues) decía lo siguiente: “Se advierte que un ahorrista que se enfrenta a una alteración sorpresiva de su situación patrimonial, que debe hacer frente de modo inmediato a las diversas necesidades cotidianas y que reclama ante un Poder Judicial desbordado, se encuentra en un grave riesgo psicofísico producido por el estrés y la angustia que esta situación le provoca. Tal conclusión es fácil de inferir, ante el hecho público y notorio de constantes y ruidosos reclamos, cacerolazos, pintadas y escraches a los bancos, que conmueven la paz social.”

Cabe aclarar que, aunque el ruido pueda engañarnos, la herramienta privilegiada del ahorrista no fue tanto la inofensiva cacerola sino el martillo golpeador. ¿Cómo olvidar acaso aquellas performances tan coloridas, si hay momentos en los cuales el

recuerdo abandona la imagen y la acción de los ahorristas se convierte entonces en pura memoria auditiva? Es cuando escuchamos resonar todavía el fuerte golpeteo de los martillos sobre el blindex de los bancos o sobre las grises cortinas de acero. Son golpes secos, repetidos, que expresan a cabalidad la furia propietaria.

6- Luego, hubo también lecturas ideológicas que apuntaban a malversar la diversidad de las movilizaciones. Todavía hoy continúan circulando ciertas visiones que tienden a colocar a los damnificados del llamado "modelo" en un solo paquete, asimilando la protesta ahorrista al movimiento asambleario, a través del término de "caceroleros".

La operación no tenía nada de inocente, pues a través de esta identificación entre asambleístas y ahorristas, se buscaba descalificar o acotar el alcance verdaderamente político del irritante fenómeno asambleario. En definitiva, la crítica postulaba que nos encontrábamos frente un único tipo social, el pequeño burgués ofendido, despojado, damnificado, devenido algo así como la *última ratio* de las alicaídas clases medias.

7- Así, pese a que el poder financiero ha sido y es uno de los blancos privilegiados de revueltas políticas y acciones contraculturales, los ahorristas argentinos nunca tuvieron buena prensa dentro del campo contestatario. En este sentido, su inclusión dentro de dicho campo se hizo más a través de la acción llevada a cabo y el tipo de adversario (la acción directa no convencional, dirigida contra los bancos, sobre todo extranjeros, o contra las autoridades del Estado), antes que por una solidaridad efectiva respecto de la demanda (los depósitos conculcados).

Por otro lado, estas acciones de protesta contenían niveles de violencia que, salvo excepciones, eran bastante toleradas por las

fuerzas del Estado. No es que la acción estuviera exenta de riesgos de represión, pero una gran parte del establishment -abiertamente expresado por la prensa conservadora- consideraba natural que el Estado fuera más tolerante para con los ahorristas que respecto de otros actores: éste era un damnificado particular, alguien a quien se había despojado de un derecho elemental, consagrado por nuestro sistema: el derecho de propiedad. En ese sentido, la tolerancia manifiesta a la virulenta protesta ahorrista daba cuenta de una jerarquía, que colocaba el derecho de propiedad por encima de cualquier otro derecho constitucional, en especial, aquellos que esgrimían otros actores (los desocupados, los obreros de las fabricas recuperadas, los asambleístas, los cartoneros...), aludiendo al trabajo y a la vida. En fin, el territorio del ahorrista aparecía marcado por consensos sociales implícitos que, lejos de ampliar el campo de acción, instalaban severos límites en la producción de solidaridades con otros grupos sociales.

8- Ciertamente es que en las asambleas barriales había más de un ahorrista damnificado. Pero, en este punto, la proximidad social -y la dirección que fueron tomando los mismos procesos - no hicieron más que afianzar la distancia simbólica entre uno y otro fenómeno, generando fuertes estrategias de diferenciación. Por ello, no es extraño que en las asambleas barriales, los propios ahorristas no se identificaran como tales y hablaran entonces en nombre de un colectivo más amplio, los "vecinos" o, más tarde, los "asambleístas". Sin embargo, de vez en cuando, la sombra del ahorrista volvía a aparecer, a través de ciertas tensiones y episodios que ponían de manifiesto el resurgimiento del "pequeño burgués"; amenazando así el tipo de construcción y el horizonte de acción asambleario.

Como corolario de ese proceso, la negación del "ser-ahorrista" (aquel- que- se- moviliza-porque- le- tocaron- el-bolsillo) fue

erigiéndose en el polo opuesto del "ser-asambleista" (aquél- que- se- moviliza- con- la- intención- de-cambiar- la- política- y- la- sociedad). Por ende, más allá de las afinidades sociales, la tentativa de identificación –realizada por fuera del movimiento y con intenciones estigmatizantes-, a lo cual se sumaba el carácter vergonzante del reclamo –lo particular, de tipo pecuniario- contribuyó a producir un hiato, profundizando la distancia entre ambas experiencias.

En consecuencia, lo que al principio podría haberse avizorado como un diálogo necesario y posible, en función de las afinidades sociales, terminó en la instalación de una grieta, pura solución de continuidad entre el movimiento ahorrista y el movimiento asambleario. Pues si el movimiento de asambleas aspiraba a una refundación política de la sociedad, y representaba por ello la máxima aspiración de universalidad de las clases medias, los ahorristas ilustraban el otro extremo, esto es, la expresión del máximo particularismo de las clases medias. Así las cosas, no había pues punto de encuentro posible.

9- Algunos podrán decir que finalmente la protesta ahorrista ha sobrevivido a las ambiciosas asambleas barriales, las cuáles prácticamente desaparecieron del escenario político argentino. Ello es rigurosamente cierto, a condición de agregar que, con el tiempo, la presencia persistente de los ahorristas frente a los bancos tendería a transformarse en una suerte protesta folklórica; su acción virulenta terminaría por ser poco interpelante. Asimismo, es cierto que no pocos lograron, a fuerza de amparos, marchas y escraches, recuperar una parte de sus ahorros.

Sin embargo, mientras las asambleas barriales han dejado una orgullosa marca política en la memoria colectiva de las clases medias, los ahorristas continúan representando esa parte vergonzante de la memoria en la cual pocos pugnan por reconocerse y evocar. La escasa motivación que la experiencia de los ahorristas produjo en los

colectivos participantes de esta muestra, "La Normalidad", refleja y refuerza esta hipótesis.

10- La duda, empero, nos sigue atenazando. Sombra del ahorrista, hay que invocarte: ¿no habremos asistido a la obturación de un fenómeno que aún hoy reclama la necesidad de ser pensado en sí mismo y en toda su complejidad, desde un enfoque más integral?

Buenos Aires, 4 de julio de 2006